

EL EVANGELIO, EL JESUS HISTORICO Y SU ADITAMENTO POETICO

por el Dr. PAUL ALTHAUS

De la Universidad de Erlangen

Nuestro tema se refiere a un problema que desde hace largo tiempo ha preocupado al pensamiento teológico y que hoy vuelve a preocuparle con carácter especialmente incisivo, con nueva inquietud y nuevo apremio. La cuestión se presenta así: ¿fue una personalidad histórica el Jesucristo de que nos habla el Evangelio del Nuevo Testamento, el Jesús que los Evangelios nos describen? O inversamente: ¿vuelve verdaderamente el Evangelio a la fuente de la realidad histórica de Jesús de Nazareth? ¿Corresponde en forma indudable a lo que él quiso, a lo que él anunció? ¿No se cambió y alteró su predicación original, la realidad de su ser y de su designio, en las postrimerías del cristianismo primitivo con su reconocimiento de Cristo y su doctrina?

Es el estudio de los Evangelios y de la vida de Jesús durante los dos últimos siglos lo que ha suscitado todas estas cuestiones. ¿Cuáles son los resultados de este estudio histórico-crítico? Por una parte ha quedado demostrado que en los Evangelios se nos transmiten noticias y sucesos en gran número de la vida de Jesús y muchas palabras de Jesús mismo que se han revelado como muy buenas y originales fuentes para su conocimiento. Por ejemplo: el Evangelio de San Marcos en conjunto, o la recopilación de las palabras de Jesús que en orden y versión distintos nos brindan tanto San Mateo como San Lucas; finalmente mucho de lo que sólo encontramos en el evangelista San Lucas, su especial acervo, que según la opinión general de los investigadores procede de una buena e independiente tradición. Puede, pues decirse con Albert Schweitzer: "De pocas personalidades de la Antigüedad poseemos tantas y tan inequívocas noticias y palabras como de Jesús".

Pero esto no es aún toda la verdad sobre

nuestros Evangelios, ya que, allende esto, la investigación ha demostrado que la tradición de Jesús ha pasado por una historia en la que se ha alterado. No ha evidenciado carácter estático, sino dinámico. Para convencerse de ello le bastará al lector de la Biblia comparar entre sí las noticias de los tres primeros Evangelios, a los que llamamos Evangelios "sinópticos" o los Sinópticos. Al sernos transmitidos muchos sucesos y palabras de Jesús en los tres, incluso en los tres, tenemos una visión conjunta de las noticias que se corresponden y podemos compararla en el detalle. Las encontramos en doble o triple versión. Por el estudio comparado a través de los Evangelios se nos evidencia que frente a San Marcos, que nos brinda la versión más breve y la más original casi siempre, San Mateo y San Lucas han ampliado, incluso transformado, sucesos y palabras. A veces los rasgos de carácter milagroso aparecen aumentados o intensificados y adornados. Y rasgos que podrían extrañar o chocar según el criterio imperante en los comienzos del cristianismo primitivo, aparecen atenuados. Un ejemplo: en San Marcos responde Jesús al hombre rico que le llama "Buen Maestro", en forma áspera, diciéndole: "¿Qué es eso de llamarme bueno? Nadie es bueno sino uno solo: Dios". Pero más tarde, para la comunión de los fieles cristianos, pareció inaceptable que el Señor hubiera negado ser bueno en el sentido de la perfección moral. Y así aparece transformada en San Mateo la respuesta de Jesús, que no dice ya "¿Qué es eso de llamarme bueno?" sino: "¿Qué me preguntas sobre el bien?", con lo que, naturalmente, las palabras de Jesús pierden la aspereza del sentido original.

También siguen interviniendo, por lo demás, la

dogmática del cristianismo primitivo, o la apologética, en la tradición. Más aún, en el curso de las primeras décadas son ampliadas y transformadas para la comunidad las palabras de Jesús, teniendo en cuenta, en cada caso, los cambios en la situación concreta y los problemas de una nueva generación, tanto de la Iglesia de los judíos cristianos como de la de los gentiles. Podemos ver esto claramente, por ejemplo, en la tradición de las parábolas de Jesús. Lo que con ellas pretendió decir Jesús en su lucha con los fariseos —por citar un caso— fué luego colmado de réplicas que se estaba seguro que se hubiesen dado si hubieran debido aplicarse a nuevos y candentes problemas de la historia posterior del cristianismo primitivo. Estas respuestas al margen de las palabras originales de Jesús, encontraron sitio, como la cosa más natural, junto a las dadas por Jesús mismo transmitidas por la tradición. No vemos algo así como una falsificación en esto. La cristiandad de los primeros tiempos, desde la Pascua de Resurrección, creía en Jesús como en el Señor vivo, que no se apartaba de su lado y a través de su espíritu la orientaba y aconsejaba en sus problemas públicos. Además del Jesús pretérito, terrenal, tenían al Jesús presente, sublimado. Por tal manera muchas noticias e indicaciones, que no procedían del Jesús de este mundo, de su vida, sino que se recibieron a través del espíritu del Jesús pascualmente resurreto, fueron yuxtapuestas a sus palabras históricas, completándolas, incluso transformándolas algunas veces. Advertimos mucho de esto, por ejemplo, en San Mateo 10 y 18, en las palabras a los discípulos y en lo referente a las reglas de la comunidad. Nuestros Evangelios no contienen, pues, solamente la historia de Jesús: contienen además la historia de la más remota cristiandad en sus distintos grupos. No puede negarse que con esto, por ejemplo, los cristianos judíos fieles a la ley han puesto en boca de Jesús palabras que el verdadero Jesús nunca hubiera expresado en esa forma, incluso palabras que interpretan inadecuadamente su doctrina o la alteran (como cuando en San Mateo 5 se dice: "ni una jota, ni una tilde perecerán de la ley hasta que todas las cosas sean hechas"). Poseemos una tan auténtica visión de lo que en verdad quería Jesús, que nos sirve de infalible norma para re-

conocer las desviaciones de su línea como tales.

Más aún. Los Evangelios no pretenden ser un relato histórico sobre Jesús en el sentido de la moderna investigación. Se proponen, como San Juan (20, 31) dice de su propio Evangelio, despertar la fe en Jesucristo. Por lo tanto no son simplemente noticia: son, al mismo tiempo, anuncio. Su exposición no es narración escueta: es profesión de fe, es testimonio inspirado y formado por la fe en Jesús, tal como decisivamente se manifiesta después de su tránsito y resurrección. La verdadera visión de los Evangelios es la fe que en ellos allenta. Y esta visión de la fe vuelve por reflejo a la propia vida histórica de Jesús, proyectada desde los Evangelios, que la expresan en palabras que son puestas en boca de Jesús, o en presuntos rasgos de su vida al margen de su historia. La imagen de Jesús de nuestros Evangelios puede, pues, decirse, teológicamente expresado, que está ya colmada de cristología. En la forma más elocuente y consecuente puede verse esto en el cuarto Evangelio, el de San Juan. Claramente subraya hoy la investigación, con mayor énfasis que nunca, el hecho de que San Juan nos transmite más historia auténtica de lo que se creía (en lo referente a la cronología de la vida y la muerte de Jesús, por ejemplo). Pero en conjunto se mantiene San Juan en su exposición más distanciado de la realidad histórica de la vida de Jesús que los tres primeros Evangelios. La investigación reconoce, puede decirse que en forma unánime, que el testimonio de la vida de Jesús en San Juan se sitúa por completo bajo la luz de su tránsito, de su resurrección y su exaltación. San Juan transporta, proyectado, el resplandor del Jesús de la resurrección y la gloria sobrenatural, a su vida terrenal, y ello tanto en los sucesos como en las palabras. A través de su versión las palabras de Cristo no tienen, en su sentido, el carácter del Jesús histórico: por ellas habla el Cristo glorificado, tal como la fe le escucha y le contempla. Vistas en conjunto, las palabras de Jesús en el cuarto Evangelio son profundas meditaciones teológicas del evangelista sobre la esencia sobrenatural y la transcendencia decisiva de Jesús, en traza de grandiosas expresiones puestas en su boca. No son, pues, palabras del Jesús terrenal, sino eco de la fe en la ultrahistórica realidad de Jesús, secuela de su fin

y su tránsito. El Cristo del dogma, en una de sus formas primeras, se proyecta aquí, reflejado, en la vida histórica de Jesús.

Así, pues, no todo lo que en los Evangelios encontramos como palabras de Jesús y rasgos de su historia procede de él directamente, no todo es trasunto de su vida terrenal: tanto en San Juan como en los demás evangelistas, algunas cosas se alejan mucho de la realidad histórica. La imagen de Jesús aparece en los Evangelios engastada en la teología de la comunidad cristiana, desbordada en parte por ella. Estos nos los hechos. ¿Cómo debemos valorizarlos? ¿Qué nos dicen en lo que se refiere a nuestro tema del Jesús histórico?

A ello responde el liberalismo teológico diciéndonos que lo que ha hecho de Jesús la comunidad cristiana, es, en gran medida, alteración. Con Jesús mismo tiene poco que ver. Debemos golpear con el martillo crítico la capa de pintura que cubre la realidad histórica para que surjan los viejos frescos de la primitiva imagen de Jesús de Nazareth. ¡Volvamos, pues, de la imagen del Cristo dogmático, eclesiástico, a la sencilla predicación de Jesús sobre el reino de Dios, sobre el Padre eterno de los cielos y la eterna vida del alma! Volvamos, sobre todo, de la doctrina de Cristo del teólogo San Pablo, al nada dogmático ser de Nazareth que puede guiarnos hacia Dios. San Pablo no aparecerá, acaso, precisamente como el falseador de cuanto Jesús quería, según Paul de Lagarde pretende, pero sí como dogmático deformador, como el segundo fundador del cristianismo —así se ha dicho— que al parecer sabía concretamente bien poco del Jesús histórico y terrenal. Todo esto fue alegado por la teología, muy clara y eficazmente, hace medio siglo. Y vuelve a hacerse oír hoy de nuevo en el campo teológico. En muchos casos se pretende reconocer como norma única para la cristiandad lo que el Jesús histórico ha hecho y ha dicho incuestionablemente él mismo. Extraerlo, depurado, de la multitud del material que nos ha legado la tradición, constituye, en opinión de muchos, apremiante y decisiva tarea para la teología y la Iglesia de hoy.

¿Qué decir a todo esto? Por lo pronto, en lo que importa al liberalismo teológico y su imagen de Jesús, es generalmente reconocido hoy en la teología científica que la imagen del no dogmático profeta de Nazareth en modo algu-

no responde al verdadero ser de Jesús, ni siquiera en la visión puramente histórica. No acertó a percibir, frecuentemente, rasgos decisivos: fue una abstracción. En realidad Jesús no predicó un Evangelio intemporal de la humanidad. Lo que hizo fue atribuirse una plenipotencia que sobrepasa todo lo que los profetas se habían atribuido, a saber: la plenipotencia de obrar en nombre de Dios y ser portador de la gracia y de la justicia. Anunció su hora como la postrera, la decisiva, vinculando la decisión sobre salvación y condenación a su palabra y su persona. En tal sentido, lo que de él dice la llamada teología eclesiástica aparece dispuesto y preparado por el propio Jesús con su pretensión de plenipotencia. El dogma de Cristo empieza con Jesús mismo.

Añádase el segundo origen de la comprensión cristiana de Jesús, la pascual experiencia de la resurrección en los primeros cristianos, es decir, el hecho de que, según el testimonio del cristianismo primitivo, el Crucificado se manifestó con nueva vida poco después de su muerte, lo que llegó a constituir la piedra angular para todo el pensamiento sobre Cristo, para toda relación con él. Aquí nace la teología cristiana, su comprensión de Jesucristo. La resurrección significó que con ella el propio Dios proclamó que Jesucristo mismo lo era todo. En él está presente el Reino de Dios. Su plenipotencia es confirmada. De él depende la salvación. A partir de la resurrección se evidenció también el sentido de la terrible muerte de Jesús: el hecho de que esta catástrofe supone un misterio, el misterio de la muerte de sacrificio y expiación, del amor, que traspasa toda la miseria de los hermanos que viven alejados de Dios, la padece hasta la última hondura y la torna y encamina a la salvación, a la paz con Dios mismo. Así se empezó a interpretar el sentido de la vida y la muerte de Jesús a la luz de la resurrección. Se empezó a comprender más de lo que podía comprenderse en los días terrenales de Jesús. Jesús mismo no había hablado de ello, apenas lo había insinuado. Sólo con gran reserva y sobriedad ha hablado de sí mismo. Pero —de ello estaban seguros los primeros creyentes— lo que aquí se había omitido, Dios mismo lo dijo con su resurrección y sólo en virtud de este pascual acto-palabra divino, se manifestó a los apóstoles en toda su evidencia quién era Jesús y cuál el sentido de su vida.

Puede, por consiguiente, decirse que desde sus albores la cristiandad no ha conocido otro Cristo que el prepasual y el pasual en uno solo: el "histórico" y el deificado. Nunca la primitiva cristiandad vivió sólo de lo que el Jesús histórico había dicho o había hecho, sino siempre al mismo tiempo de lo que de él se reveló por la resurrección, en vital potencia transmutado. Sólo en virtud de esto se ha conservado la imagen del Jesús de Nazareth histórico. Se recopilaron los recuerdos del histórico porque se creía en el vivo y en él se confiaba. Lo que el liberalismo ha llamado el "Jesús histórico" nunca hubiera cobrado esa fuerza que mueve al mundo y que con nuestros ojos contemplamos. A pesar de sus graves conflictos con el fariseísmo judío, el Jesús así interpretado no se evadió de la esfera de la posibilidad judaica, lo que ha hecho que los modernos pensadores judíos reclamen para el judaísmo al profeta Jesús con toda su dura crítica de las formas judías de piedad y devoción. Jesús ha rebasado las fronteras del judaísmo y ha hecho historia justamente por la interpretación y la predicación de los apóstoles en vista de la resurrección, transformado en el Cristo del cristianismo primitivo.

Así las cosas, la llamada teología eclesástica no verá un presagio negativo, como un falseamiento de lo que Jesús de Nazareth era y que, realmente, sino un presagio fundamentalmente positivo, algo que en conjunto aparece como legítima expresión de lo que Jesús era realmente a la luz de su tránsito. La interpretación apostólica de Jesús no sería entonces un pecado de origen del cristianismo primitivo, sino, en lo fundamental, el nacimiento de la verdad auténtica, válida. Sería entonces un evidente error si creyéramos posible buscar y encontrar un vínculo con Jesús al margen de los apóstoles y su mensaje. En realidad ellos son sencillamente los indispensables e ineludibles intérpretes de Jesús. A sus formulaciones teológicas del Evangelio no estamos ligados por la ley. Son de todos modos múltiples y cobran forma, según la diversa individualidad y orientación, condicionadas todas entre sí por la situación espiritual contemporánea y la tradición. Pero a través de tan diversas formulaciones, a pesar de toda la vinculación temporal, se abre paso, con central virtud, un Evangelio apostólico dotado de unidad, una predicación al cabo unánime:

en ella tenemos al verdadero Jesucristo por intermedio de sus mensajeros.

La máxima de que el Cristo de los apóstoles es fundamentalmente el Jesús de Nazareth realmente interpretado, constituye, en un vasto frente, la divisa actual de la teología. Ahora bien, en parte ha cobrado en ella una agudización, una exageración que dan que pensar y provocan la réplica. El péndulo alcanza con mucho el extremo opuesto al antiguo interés por el Jesús histórico. Si antes se pretendía (y se pretende aún por algunos teólogos) que sólo el llamado Jesús histórico es el que vale, es el auténtico, y no la predicación apostólica de Cristo, se defiende hoy por algunos la tesis contraria: para la fe cristiana sólo es de interés la predicación de los apóstoles, el Jesús histórico no le importa nada. El testimonio de los apóstoles sobre Cristo se entrega a los hombres como la palabra de Dios. Frente a este testimonio no debe plantearse el problema de su legitimación. Ante una palabra que nos llega con semejantes títulos no hay por qué preguntar más, ni echarse a la búsqueda de testimonios históricos que la respalden. La palabra apostólica se legitima a sí misma por lo que de su contenido me atañe como palabra de Dios. Se peca, pues, contra la esencia misma de la predicación de la palabra divina al pretender hacerla fidedigna con fundamentos históricos. Estos argumentos han sido blandidos con especial energía y rudeza por el teólogo de Marburgo Rudolf Bultmann. No deja de ser sorprendente, ya que gran parte del trabajo de su vida se ha consagrado a la investigación de la tradición de Jesús y con ello claro que también al conocimiento del Jesús histórico.

Se comprende que tal consigna haya significado alivio para muchos. Se ha pensado que la investigación de la vida de Jesús, la búsqueda de lo incuestionablemente auténtico, de lo primariamente puro, entre todo el mosaico de lo posterior y secundario, nos ha dejado tan ingente aluvión de inseguridad y duda, que la re, que pide firme base y certidumbre, no puede vivir de los resultados de la investigación histórica. ¡Qué alivio, verdaderamente, dejar todo esto a un lado y ocuparse sólo de la predicación de Cristo por los apóstoles, de lo que interesa a la parroquia, a la comunión de los creyentes!

Ahora bien, esta liberación, este desentender.

se de las miserias, insuficiencias e incertidumbres de la investigación histórica es comprada a un precio que la fe no puede pagar. En su "Vida de Jesús" de 1835, David Friedrich Strauss pretende probar que, en lo esencial, la imagen de Cristo del Nuevo Testamento es el producto de una mitificación, es decir, que no es fiel trasunto de algo efectivamente acaecido, sino que se trata de una creación poética en la que se ha insertado una idea religiosa. Se han dado siempre en la vida religiosa esta clase de mitificaciones. En la doctrina de Cristo del Nuevo Testamento se evidencia el influjo de la idea del Salvador esperado por la religiosidad judía y helenística. ¿No será, en su conjunto, el mensaje de Cristo obra de la fantasía desdoblándose en el mito? No es fácil eludir sencillamente esta cuestión para quien considera, con método comparado, el advenir de otras religiones. Es una pregunta que exige respuesta. La cuestión no se resuelve, pues, ateniéndose a la predicación apostólica y aceptándola como última data indiscutible. Podría ocurrir —como pretende la teoría marxista del origen del cristianismo— que la primitiva, apostólica imagen de Cristo, sea fruto, en lo esencial, de la nostalgia de redención de la época, en todo caso que la persona llamada Jesús, que en el trasfondo de la totalidad se yergue, haya experimentado, muy allende su modesta significación, una inflación gigantesca, una supervalorización y exaltación religiosa, hasta quedar convertida en el Salvador del mensaje apostólico. Pero ¿qué nos garantiza que con la figura de Cristo ha ocurrido esto realmente? La fe tiene que preguntar sobre esta garantía. Para ella es decisivo que la figura de Cristo no sea una creación poética de la nostalgia del hombre, sino una auténtica realidad inmersa por Dios en el mar de miseria de la existencia humana.

La garantía sólo puede consistir en la demostración de que la predicación de los apóstoles sobre Jesucristo no es otra cosa que la réplica a algo realmente acaecido, a la plenipotencia que el verdadero Jesús de Nazareth se atribuyó realmente y realmente vivió. Ahora bien, esto quiere decir que debemos retrotraer nuestra pregunta a días anteriores a la predicación de los apóstoles, buscando el nexo con la historia que la antecede, con la personalidad histórica de Jesús de Nazareth.

En forma más tácita que expresa, esto se

ha reconocido, en el lapso de la última década, incluso por la escuela de Rudolf Bultmann. Una parte de sus discípulos se ha distanciado aquí notablemente de su maestro. Pretenden que la teología no puede eludir la investigación histórica allende el mensaje de los apóstoles, que incluso debemos rastrear en su predicación la historia que le dio vida y aliento (G. Bornkamm).

Esta búsqueda no será, en modo alguno, ociosa, todo lo contrario: nos dará como fruto un resultado perfectamente claro y preciso, por mucha que sea la incertidumbre que se mantenga aún en los detalles. Nos lo demuestran, por ejemplo, el libro sobre Jesús de Günther Bornkamm y el nuevo trasunto de la imagen de Jesús que debemos a Gerhard Gloege. ¿Qué resulta de esta investigación? Sobre todo lo siguiente: el hecho, realmente memorable, de que a través de toda la historia de la tradición de Jesús, en todas sus fases, su imagen se mantenga una y la misma y se mantengan los rasgos esenciales de su ser y hacer personal y ello desde los más remotos hasta los últimos estratos de esta tradición, incluso en San Juan, incluso en los pasajes legendarios. No retiramos nada de lo dicho anteriormente: las palabras de Jesús han pasado por una evolución histórica, han sido, en parte, completadas por la comunidad de los fieles, en parte transformadas y aun coloreadas con matices nuevos. A pesar de ello, el Jesús del Evangelio se mantiene el mismo siempre en lo esencial, con uno y el mismo rostro, propio, privatisimo, inconfundible.

Le reconocemos una y otra vez sin la más ligera vacilación. Aun estando compuesto el gran mosaico de Jesús de multitud de fragmentos, pequeños y grandes. Muchos se evidencian en seguida, a quien los considera sin prevención, como tan auténticamente históricos y originales en su densidad concreta, que es completamente imposible que fueran inventados y todo el mosaico que así se fué formando nos brinda una imagen vivísima de Jesús, en sí dotada de unidad. Uno se dice: aquí se ha trasuntado y modelado una realidad auténtica y vivida, acuñada por el troquel de su imagen propia y verdadera. Y no sólo la fe juzga así. Lo intuye también el historiador profano. Y no importará que se crea o no en Jesucristo para reconocerlo. Inversamente, la imposibilidad de que la imagen de Jesús

haya sido inventada, la seguridad de su autenticidad histórica, no bastan para fundamentar la fe en Jesucristo. Se puede valorizar y estimar de muy distintos modos a Jesús, sin hacerse por él cristiano. Que tras la predicación de los apóstoles inquiramos en la historia a que se refiere, no significa en modo alguno suministrar una prueba histórica para la fe en Jesús. Semejante prueba no existe, ni puede existir. Llegar a ella, llegar a la fe en Cristo, es un misterio y una gracia divina. Pero sin una intachable conciencia histórica esta fe no puede vivir. El conocimiento histórico no la fundamenta y le necesita, sin embargo.

Cabalmente por ello es de vital importancia para la fe que la inquisición en el fondo histórico de la predicación apostólica evidencie nada menos que lo siguiente: que la predicación de los apóstoles sobre Cristo es la réplica al mensaje que significó la historia realmente sucedida, verdaderamente vivida, de Jesús. Este carácter de réplica del primitivo testimonio cristiano, de la imagen primitiva de Cristo, evidencia su buen fundamento histórico. Por mucho que el trasunto evangélico de Jesús haya quedado teñido, impregnado, condicionado por la subjetividad de la vivencia, por la visión individual de los que sobre él nos han informado, por innegable que sea el aditamento de la fantasía poética —en los pasajes legendarios, por ejemplo— en su conjunto la imagen evangélica de Jesús se nos evidencia, no como mito, ni como leyenda, ni como obra de la imaginación, sino como un eco de lo que en el verdadero Jesús de Nazareth se vio y con él se vivió y por él y en él acaeció.

Si tomado en conjunto tiene validez lo anterior, ello no significa que quede eliminado y

nos sea indiferente el distinguo crítico entre lo histórico y legendario en la tradición, entre lo original y primario y lo posterior y añadido. ¡En modo alguno! Pues justamente el hecho de que la investigación histórica reconozca el carácter legendario o secundario de algunas partes, hace que otras cobren relieve en su carácter de históricas y originales. Este bloque primario, granítico, de la tradición de Jesús, es la medida para todo lo demás. Pero lo posterior, lo secundario, lo legendario, no quedará desvalorizado por ello. También aquí se manifiesta la emoción de seres humanos de aquellos días, estremecidos por la realidad de Jesucristo y él mismo se manifiesta así. Por tal manera, lo secundario, incluso lo legendario, puede ser "auténtico", si no en lo histórico, en el sentido esencial de la palabra. Incluso narraciones que no son trasunto de algo realmente ocurrido pueden ser auténticas como expresión del verdadero significado de lo acaecido realmente, históricamente, como un desdoblarse de su más honda esencia. Ciertamente estas narraciones no piden ser leídas como si de historia se tratara, ni deben ser tomadas como historia, sino como expresión, sedimentada en textos, en la que se manifiesta el carácter de Jesús en forma de historia poetizada, intuitiva. Vale esto para algo de lo contenido en los primeros capítulos de San Mateo y San Lucas y para ciertos rasgos de las historias de la pasión y la resurrección. No debe esto leerse como si se tratara de protocolos históricos, sino como testimonios, en forma poética, de la fe en Cristo del cristianismo primitivo. Leídos así, también estos textos, históricamente "apócrifos", tienen para nosotros un valor inestimable como primario y cristiano mensaje de lo que Jesucristo es para la fe.